

Próximo número:

LA FAMOSA SEÑORA DE FAIR

ó Mujer cuida de tu hogar

sugestivo drama de la post-guerra por la simpática artista MYRTLE STEDMAN.

Gran éxito.

Postal-fotografía:

CATALINA WILLIAMS

La Novela Semanal Cinematográfica

sale todos los miércoles

Precio: 25 céntimos.

**Un éxito ruidoso ha alcanzado
nuestro n.º 64 extraordinario**

LA SIN VENTURA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 66

25 cts.



FROU-FROU

por
Gina Palerme
FilmoTeca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Via Layetana, 17
Administración } Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO III

N.º 66

FROU-FROU (1924)

por GINA PALERME

Según la obra de MEILHAC y HALEVY

Marca: AUBERT FILMS - PARÍS

Concesionarios:
LEVANTISCHE FILMS.-Fontanella, 9.
Barcelona

Argumento de la película de dicho título

Conozcamos, de buen principio, los personajes de nuestra historia:

Genaro Brigard, un viudo jovial y optimista, despreocupado de los graves problemas de la vida, y propietario del castillo de las *Charmettes* en los alrededores de París;

La Baronesa de Cambri, una invitada;

El marido de ésta, el Barón, que en el concierto matrimonial era un instrumento de escasa importancia;



Luisa, la hija mayor de Brigard, modelo de equilibrio, de sensatez y bondad;

Enrique de Sartorys, vecino muy íntimo de la familia Brigard, diplomático que gozaba de sólida reputación en su carrera;

Gilberta, la hija menor de Brigard, llamada Froufrou por su carácter inquieto, frívolo, voluntarioso, que respondía á las contemporáneas teorías educativas del mundo elegante;

Pablo de Valreas, otro joven educado también á la moderna, é invitado de los Brigard.

* * *

Pablo pretendía á Froufrou, y para él todas las ocasiones eran buenas cuando podía verla á solas.

Su modo de ser le atraía y se placía en adorarla y tratarla como una frágil muñeca encantadora.

Gilberta no había tenido nunca sobra de tiempo para recapacitar un poco sobre el marcado interés en serle agradable de Pablo, y gustaba de esquivar, con sus bulliciosas ansias de libre coqueteo, las insinuaciones en serio de su apasionado galán.

Por tal motivo, más prendado de ella cada nuevo día, Pablo seguía la corriente de caprichos de la indomable, con la esperanza de plantearle el grave problema que le daba á resolver su corazón, en cuanto se presentase un poco de calma en la agitada existencia de la locuela.

Como ningún pecador, por regla general,

reconoce sus errores, pues halla siempre un atenuante que los disculpe, por eso Gilberta no toleraba que la llamaran por el mote de Froufrou.

Pablo prescindía de las «tolerancias» de la inquieta muchacha, y siempre que le venía bien, ¡zas!, le desvirtuaba el verdadero nombre.

Y, un día, Gilberta enfadósele:

—Le prohibo á usted que me llame Froufrou.

—¡Pero si es un cariñoso apelativo que cuadra en usted á las mil maravillas!.. ¡Froufrou! ¡Un torbellino!.. Llega usted, vuelve, huronea, charla, ríe, va y viene sin reposo... ¡Sil! ¡Froufrou, siempre Froufrou!—la contestó él riéndose.

—Pues le advierto que, á pesar de su juicio, soy una muchacha formal, que tiene que decir á usted algo muy serio...

—¿Acaso será capaz de sostenerme que tiene usted corazón?

Gilberta no se avino á proseguir la discusión sobre un terreno tan escabroso y echó á correr en dirección á la pista del tennis, persiguiéndola, hasta alcanzarla allí, para jugar, el enamorado Pablo.

Mientras tanto, en otro lado del parque, Enrique de Sartorys rogaba á Luisa Brigard que le escuchara un momento. Para hablar mejor se sentaron en un banco de piedra.

El diplomático Enrique empezó así:

—No solamente porque usted siempre fué tan buena conmigo, Luisa, sino porque deseo cumplir consejos de su propio padre... Estoy en el

deber de hablarle de un asunto grave, de notoria trascendencia...

—Usted dirá, Enrique—pronunció con indecisión Luisa.

—¿Es posible que no lo adivine usted?... Yo amo...

El corazón de Luisa estaba á punto de estallar en su pecho...

—...Yo amo como un loco á su hermana Gilberta—concluyó Enrique.

No era esa noticia la que Luisa suponía iba á oír de labios del diplomático, por quien, en silencio y con mucha fe, había alimentado un cariño noble y fuerte.

¡No era ella, á pesar de haberlo deseado de continuo, la elegida de Enrique, y cuán lejos estaba de suponer que Froufrou la suplantaría!

El desengaño fué cruelísimo, mas el dolor quedó ahogado en la garganta de la sensata joven.

Enrique, inconsciente del irónico papel que, por obra del destino, interpretaba Luisa, completó su revelación pidiéndole luego su ayuda:

—No me atrevo... Soy tímido... ¿Quiere usted ser mi valiosa mediadora cerca de su hermana?

Luisa aceptó interesarse lo más posible en el arreglo «de aquel asunto», quedándole Enrique, de antemano, muy reconocido á su bondad inagotable.

Precisamente aquel día, Pablo de Valreas, pocos segundos después de terminado el partido de tennis, pedía la mano de Gilberta, al señor Brigard, sin que éste diera á la cosa la

importancia que tenía. Basándose en que el joven era mujeriego y su hija muy veleta, lo mejor sería que ellos mismos se pusieran de acuerdo para irle á notificar al mismo tiempo, que se querían. Si este caso llegara, entonces decidiría... de acuerdo en absoluto con la inclinación de su hija. Pero, por el momento, el señor Brigard se reía de la declaración de Pablo, atribuyéndola únicamente á la irresistible coquetería de Froufrou... mucho más irresistible en un enamorado de las mujeres como Pablo. ¡Bah, bah, cosas de chicos!—pensó.

Así las cosas, por la noche Luisa se apartó con Gilberta á una habitación particular, y allí la excelenté joven consumó su sacrificio, enterando á su hermana de los anhelos de Enrique.

Froufrou rióse ruidosamente, sorprendida sin embargo de aquel caso inesperado, que por cierto halagaba su afán de brillar en el firmamento del mundo, y, por fin, como quien de improviso recuerda algo, dijo á Luisa:

—Creía que á quien amaba Enrique era á tí.

Negó tal suposición Luisa, y Gilberta, convencida por su hermana de que era ella la preferida por Enrique, la dijo, casi incrédula de tanto honor:

—Aconséjame. ¿Qué debo hacer?

—Enrique de Sartorys es un perfecto y estimable caballero, un temperamento privilegiado—respondióle.

—¿Verdad que tú no le amas, Luisa? ¿No será tal vez un sacrificio lo que haces por mí?—añadió Gilberta seriamente.

Luisa desechó todas las dudas que Gilberta

podía tener respecto de su amistad con Enrique, y á continuación Froufrou, quitando la última esperanza de su hermana—consistente en su posible negativa—, le manifestó:

—Entonces, debo decirle que sí.

Luisa cumplió hasta el final como hermana, olvidándose de que destrozaba su propia vida para proteger la de Gilberta.

—Tú serás la señora embajadora, Froufrou—la dijo.

—¡Cuánto me gustaría, Luisa... si pudiera serlo en París!—exclamó la frívola.

Luisa, inmediatamente después de conocer la determinación de Gilberta, abrió la ventana de la habitación en que ambas se hallaban y, agitando un echarpe en el aire, dió la señal de victoria á Enrique, que esperaba frente á la puerta del castillo. Esa señal había sido convenida por ellos por la tarde y equivalía á lo siguiente: «Gilberta acepta ser su esposa; entre usted ahora mismo á pedir su mano á papá».

Enrique, venciendo su timidez con la fuerza que le daba la seguridad de que Froufrou sería su dulce compañera, no vaciló en volver á visitar al señor Brigard—á quien Gilberta ya había puesto al corriente de la «novedad»—, y, sin esperar á más tarde, le hizo partícipe de su respetuoso amor hacia su hija,

Pablo, que con la Condesa—joven y romántica diremos para que nos entiendan los menos perspicaces—, rendía culto á los maestros de la música, en el piano, mordióse los labios al verse desbancado por Enrique, á quien el padre de Froufrou no oponía los reparos que

á él, «pues una delaración de tal índole pronunciada por un caballero como Enrique de Sartorys pesaba mucho», y queriéndolo la interesada, él no tenía más trabajo que dar su consentimiento con suma satisfacción.



...dió la señal de victoria á Enrique,...

Pasaron cinco años

Luisa, fiel al recuerdo de su amor decepcionado, no había querido casarse y vivía con su padre en *Charmerettes*.

El matrimonio Sartorys residía en París, cerca del Bosque de Bolonia.

He aquí cómo distribuía las horas del día Froufrou:

A las nueve de la mañana:

—Señorita Froufrou, acuérdesse de que tiene que ir á ensayar esta mañana...

Era verdad; se había distraído. Su hijo—pues tenía uno que era mayorcito—, no había bastado para arrancarla del lecho, y en cambio la «obligación» de asistir al ensayo de una opereta en que ella había de tomar parte, no le había permitido perder un solo momento más en la cama.

A las diez:

Iba á despedirse de Enrique, á su trabajo desde hacía dos horas.

El la notificó:

—A propósito... Hoy es el día en que debo dar mi contestación al Ministro. ¿Acepto el cargo que en la Embajada de La Haya se me ofrece?

Haciéndole un mohín de disgusto, Froufrou replicó:

—¿Acaso cuentas con llevarme contigo allí para aburrirme solemnemente?

Enrique, que jamás habíase resistido al menor deseo de su esposa, la complació una vez más notificándole, sonriendo resignadamente, que iba á renunciar el cargo para que ella no se moviese de París.

Hasta la una y media no volvía á casa para comer...

Por la tarde, después de las carreras, concurría á dos téis y á tres visitas; al fin, á las ocho, Froufrou llegaba á su hogar, pero... por la noche, y hasta la alta madrugada, su vida se agitaba en el torbellino de la sociedad que se divierte.

Enrique, que la acompañaba en las «soirées», no se divertía, por cierto, lo que ella, y sin embargo la conducía á todas partes para que no se privara de lo que tanto le gustaba.

Un día, Luisa visitó á su hermana en su casa de París. Froufrou la había citado allí para enterarla de algo muy importante que se le había ocurrido.

Hélo aquí: como quiera que su padre se marchaba á pasar unas fiestas no sabía dónde, ella (Luisa), para no quedarse sola en *Charmerettes*, se quedaría con ellos... y confiaba que para siempre.

Luisa rechazaba, agradecida á esa prueba de cariño de Froufrou, la oferta de ésta. Enrique apareció en este momento. Froufrou se aseguró su voto en favor de su idea:

—Procura que se decida á quedarse—le pidió—. Claro es que tendrá que hacer en lugar mío una serie de trabajos enojosos, pero tan amante como es de la vida casera, se quedará encantada.

Dicho esto, y traspasando á su esposo la misión de vencer la resistencia de Luisa, alejóse Froufrou hacia la casa, para cambiarse de vestido...

Enrique, aprovechando la circunstancia de estar solo con Luisa, le habló de esta manera, poniendo en sus palabras un acento de súplica:

—Quédese con nosotros, Luisa. Por Gilberta, por mí, por la buena dirección de la casa... Ah, si usted supiera!..

Luisa miró á Enrique con gran sorpresa

¡No era feliz con Froufrou!... ¿Era ese el significado de sus palabras? ¿Podía ser...?

Enrique lo confirmó, apenado:

—Ella es una mujer frívola y yo un marido sin voluntad para imponerme... ¡Reemplácela... traiga usted á mi hogar esa sensación de alegría y de orden de que carece!...

Luisa reflexionó sobre el caso, juzgando las dos partes y reconociendo la razón en Enrique.

Luego entró con él en la casa. El hijo del matrimonio, su queridito sobrino, la saltó al cuello, besándola mucho. Y por el niño y su hermana y Enrique mismo, Luisa acató el consejo de su conciencia.

—Me quedo, pues—decidió.

A poco, llegó Froufrou, luciendo una elegantísima «toilette», y con suma naturalidad, después de alegrarse de que Luisa hubiese aceptado su ofrecimiento, la dijo en voz alta para que también su esposo (aunque éste ya lo suponía) la oyese:

—Yo no ceno aquí, querida. ¡Una comida en casa de la baronesa de Cambri con exclusión de los maridos!... Después de comer, el ensayo de nuestra opereta.

Luisa miró con pesar á Enrique, cuya nerviosidad no se le ocultaba á través de su discreción, y el marido, para probar á su esposa delante de la hermana, la preguntó, lleno de cariño:

—¿Y si yo te pidiese, Gilberta, que renunciases á representar tu papel en esa opereta...?

Froufrou fué lista en la réplica:

—Ah, esposo mío, ¿qué conceptos tienes tú de la seriedad?

Luisa clavó sus ojos en el pequeño sobrino y Enrique hizo lo mismo, para disimular el mal efecto que la conducta de la hermana y esposa respectivamente les producía.

Froufrou, antes de marcharse, se fijó en el cariño que aquéllos demostraban á su hijito y, palmoteando de gozo, exclamó:

—¡Formáis los tres un grupo encantador é interesante!

Enrique, al desaparecer su esposa, cambió una mirada con Luisa, como diciéndola: «¿Se ha dado usted perfecta cuenta de cómo se porta con el nene y conmigo Gilberta?»

Luisa, ¡qué otra cosa iba á hacer!, movió la cabeza silenciosamente, como contestándole: «¡Siempre ha sido la misma, Enrique!»

En la comida de la baronesa de Cambri,—á la cual, contrariamente á lo que ella había dicho á Enrique, asistían no pocos señores—, Froufrou supo destacar por su belleza y carácter alegre.

Después de la comida, ensayóse la opereta.

Froufrou debía interpretar un papel de pareja con Pablo de Valreas. En una de las escenas, Pablo tenía que abrazar lo más efusivamente posible, pues este dato era muy importante, á Froufrou. Pero á ésta, á pesar de que la decían que el arte no peca, la escena del abrazo le sobraba. Por el contrario Pablo era partidario, aunque se tratara de ensayos preliminares, de repetir dicha escena.

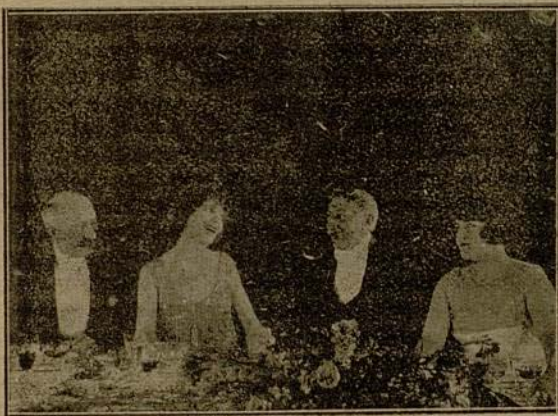
La Baronesa, al corriente de la pasión que Pablo sentía por Froufrou, dijo á ésta, que ha-

bía renunciado á seguir ensayando aquella noche el dichoso abrazo con él, pues no había salido aún perfecto:

—Este pobre Valreas está loco de amor por usted, amiga mía.

Froufrou sonrióse...

Luego la Baronesa, dirigiéndose á Pablo que se reunía con ellas, le informó:



Froufrou supo destacar por su belleza y su carácter alegre.

—¿Sabe usted que la noticia es verdadera? Sartorys ha sido destinado á La Haya, y nuestra bella amiga marchará allí dentro de ocho días.

Pablo quedóse sin habla, y fué para reírse del susto que iba á darle por lo que la Baronesa le gastó aquella broma, desmintiéndole,

una vez logrado su objeto, la afirmación absolutamente falsa.

Pablo recobró la tranquilidad...

Y era que el aristócrata, aunque la situación de Froufrou se lo vedase, no perdía la esperanza de que ella le llegase á amar. De modo, pues, que una separación le hubiese perjudicado...

Entretanto, Luisa, en su nueva casa, contemplaba una fotografía del matrimonio, del día de su boda. Esta fotografía evocaba en ella el derrumbamiento de sus ilusiones juveniles y patentizaba el profundo y trascendental error de Enrique.

Poco á poco, Luisa fué adueñándose de la casa merced al dominador influjo de su depurada bondad.

Y de sustituta de Froufrou... se convirtió en consejera de aquel hogar.

Cierta vez Froufrou entró en el despacho de su esposo mientras éste pedía la opinión de Luisa sobre una memoria que dirigía al Ministro, y preguntó á aquél de qué se trataba por si podía también ayudarle.

—Es tarea demasiado árdua para tí, *Froufrou*—la contestó Enrique—. Esto parece más indicado para Luisa.

Froufrou retiróse del gabinete de trabajo de su esposo. Estaba disgustada, muy disgustada...

No eran solamente celos las inquietudes que por vez primera conmovían el alma versátil de Froufrou, sino tal vez también reproches de la conciencia que iban á despertarla del sueño fantástico de sus frivolidades.

Llegó la noche designada para representar la famosa opereta.



Poco á poco, Luisa fué adueñándose de la casa...

A la fiesta asistieron el padre de Gilberta y su esposo Enrique.

La escena del consabido abrazo, que Pablo de Valreas interpretó á la perfección, fué como una burla para la debilidad de Enrique, acre-

centada por los comentarios que hacían algunos invitados que se hallaban á su lado.

¡Qué iba á decir él ante tan grande nueva prueba de la inconsciencia de Froufrou!

Por el contrario, el padre de la casquivana ensalzaba el brioso temperamento artístico de su hija ante los que le rodeaban.

Al terminar la función, Pablo siguió á Gilberta hasta el jardín de la casa, para decirla allí, con la complicidad de las silenciosas sombras de la noche, todo el amor que su corazón sentía por ella.

Froufrou fué fuerte en aquellos decisivos momentos y esquivó la inminente caída en los brazos del galanteador que la turbaba tan peligrosamente.

Froufrou entró, pues, en la casa, y dijo á su esposo, á quien hizo llamar en el salón:

—Marchémonos de aquí, Enrique, me siento enferma.

La reflexión se había probablemente impuesto en la frívola mujer, mostrándole el camino que debía seguir huyendo de senderos de falsas apariencias.

Al día siguiente, Froufrou levantóse muy alegre y con ideas nuevas.

La primera de esas ideas fué la de salir á paseo con su hijito, y á tal efecto dijo á la doncella:

—Me llevaré á Jorge á pasear conmigo. Ya os mandaré avisar.

Luego mandó á Pablo de Valreas la siguiente carta:

No quiero, no debo ver á usted de nuevo. Marchese de Paris. Bajo tal condición le perdonaré



Froufrou.—Aconséjame. ¿Qué debo hacer?

Luisa.—Enrique de Sartorys es un perfecto y estimable caballero,...

sus audacias; y si usted verdaderamente me ama, estoy segura de que me obedecerá. Por otra parte, yo no amo á usted, no le puedo amar. Márchese.

Gilberta.

Poco después, en el parque de su morada, halló á Enrique y á Luisa que se paseaban.

Como Luisa estaba vestida de calle, Gilberta la preguntó:

—¿Así pues, vas á salir?

Luisa respondió:

—Sí, voy á adquirir informes acerca de la institutriz que *vamos* á tomar para Jorge.

—Iré contigo—añadió Gilberta.

—¡Oh no, no vayas Froufrou!...— intervino Enrique—. Deja hacer á Luisa, más conocedora que tú de estas cuestiones.

La prohibición de su esposo causó un vivo dolor á Gilberta y abría mayormente su espíritu á la meditación sobre lo que estaba sucediendo y podía suceder si en aquella casa cada cual seguía el mismo rumbo que hasta entonces.

Y empezó por acatar el deseo de su esposo, renunciando á acompañar á Luisa.

Esta, antes de partir, dijo á Enrique.

—No se olvide usted de escribir al arquitecto.

Y dió esta explicación á Gilberta, que no sabía nada porque no había jamás tenido tiempo de ocuparse de su hogar.

—Estamos combinando obras maravillosas en la casa... ya verás cuando estén concluidas.

No cabía duda que aquella autoridad que iba tomando Luisa en su casa, no agradaba á Gilberta, pues significaba su ruina moral en su

propio hogar. Resuelta á obedecer á la voz que dirigía la sana advertencia de enmendarse, Gilberta manifestó á su esposo:

—Quería decirte, Enrique... He sido frívola, es cierto, mas la reflexión, llamándome á la realidad, me induce á cambiar resueltamente de vida.

Tan bella frase fué pronunciada en un momento de tristeza de Gilberta por el temor de la felicidad que se le escapaba, sin embargo Enrique no podía, por una simple confesión de conducta anormal por parte de su esposa, hecha de palabra, olvidarlo todo y prestarle la atención que le había dispensado en los primeros tiempos de su matrimonio con ella. Para cerciorarse de si el reconocimiento de su culpa era sincero y *sobre todo duradero*, era indispensable que los actos lo demostraran. Así, pues, Enrique, con cierta indiferencia contestó como sigue á Gilberta:

—Puedes continuar con más empeño siendo la Froufrou de siempre... Ya queda aquí Luisa para cuidar de tus obligaciones.

Y Gilberta pensó que su dicha peligraba; que era urgente consolidar la afección de los suyos que con su cabecita loca había menguado en gran parte; que, en fin, no había de escatimar nada para recuperar en su casa el lugar que la correspondía, lugar de madre y esposa, lugar de amor, de virtud, de abnegación.

Como su esposo no la había hecho caso en su primer intento de borrar, con el olvido por ambas partes, el ayer de su vida, Gilberta entró en la casa recapacitando acerca de su crítica situación frente á su esposo.

Atravesando tal circunstancia recibió Gilberta la visita de Pablo de Valreas, á quien no pudo sustraerse de recibir para evitar torcidas interpretaciones de la servidumbre.

Pablo la notificó:

—Parto esta noche, pero antes he querido ver á usted, oír por última vez su voz adorable..., decirla que la...

Por sus gestos Pablo expresaba sus ansias amorosas, ciegas y calurosas, con fuego juvenil, mas Gilberta le llamo á la realidad prestamente, ocultando su emoción:

—Es inútil, Pablo. Yo no amo á usted ni le amaré nunca.

Y para evitar el peligro de aquella visita, Gilberta llamó á la doncella, ordenándole que vistiera á su hijito para salir con él á paseo.

Pero la aludida le respondió:

—Hace bastante rato que la señorita Luisa se lo ha llevado.

¡Ah, Luisa, otra vez el nombre de Luisa sonaba en sus oídos para recordarle que Luisa, sólo Luisa era algo en aquella casa!

Irritada y previendo que sería capaz, por despecho, de cometer una tontería, se volvió á Pablo.

—¡Parta usted en seguida—le dijo—, se lo suplico... no puedo escucharle un instante más!

—He venido para despedirme, porque esta noche me marcho de París—prosiguió Pablo.

Fué inútil la insistencia de éste, pues aun tuvo energías Gilberta para obligarle á que saliera de su casa renunciando á sus galanteos.

Defraudado en sus esperanzas de conseguir

el amor de Gilberta, retiróse Pablo de su presencia hondamente afligido, y poco después recibió Gilberta una carta de su padre en la que éste la decía lo que sigue:

Mi querida Froufrou:

El señor de Villarroel me pide la mano de Luisa. Aunque ella es refractaria al matrimonio, esta vez, á menos que su corazón guarde un amor secreto, no puede rehusar.

Cuento contigo para aclarar lo que haya y para decidir á aceptar tan ventajosa proposición.

Un abrazo á la más hermosa de las froufrous de tu padre que te adora,

Genaro Brigard.

Seguidamente después de leída esa carta, Gilberta se personó en el despacho de su esposo y se la tendió para que se enterase de su contenido. Luego, le dijo, fija su mirada en el menor de sus gestos:

—Es indispensable que acepte, y tú tienes influencia sobre Luisa para convencerla.

Apareció Luisa, que regresaba. Enrique la dió á leer la precitada carta, y aquélla, después de hacerlo, manifestó á los dos:

—Rehusó y me quedo aquí, tanto por satisfacción, como por deber. Y conste que aun cuando vosotros me despidiérais, yo no me marcharía.

La renunciación de Luisa á la felicidad que se le brindaba, fué hecha con espontaneidad que agradó mucho á Enrique y avivó en Gilberta la llama de los celos.

Al quedar de nuevo solos Enrique y su esposa—pues Luisa apenas hecha su declaración

salió del despacho —, Gilberta insistió ante su esposo en la necesidad que había de convencer á Luisa á tomar estado aprovechando la ocasión que le indicaba su padre.

Enrique se limitó á contestar:

—Por mi parte... yo también haré lo posible para decidirla.

Salió, á su vez, Gilberta, del gabinete de trabajo de su esposo, y mientras ella, acicateada por la duda que la mordía en el alma, se dirigía en busca de Luisa, Enrique rompía en mil pedazos la carta de oferta de matrimonio á la excelente mujer de hogar. El gesto de Enrique traducía perfectamente su convencimiento de que Luisa no aceptaría la proposición de su padre, cosa que, aunque no le fuera permitido deseársela, no le dejaba frío...

Gilberta celebró una grave entrevista con su hermana.

—¿Es para velar por la felicidad íntima de esta casa que tú quieres continuar á nuestro lado?

Luisa miró á su hermana y por el brillo de sus ojos adivinó el drama que planeaba sobre ellas. Y no supo qué contestar que acertara á expresar sus exactos sentimientos.

—Es indudable que tú te has cuidado de mi marido, de mi hijo... pero de mí, ¿te ha interesado cuidarte de mí?—prosiguió Gilberta, levantando cada vez más la voz é imprimiendo mayor acritud á sus palabras—. No hace más que un instante Pablo de Valreas me juró que me amaba, y yo rechacé digna y enérgica sus palabras. Y tuve necesidad de realizar un es-

fuerzo supremo de voluntad para mentir, porque yo... ¡yo amo á Pablo de Valreas!

Luisa, espantada ante tan terrible revelación, imploraba á su hermana un poco de calma en la discusión que había levantado con nerviosismo peligroso; que hablase, pues ella estaba dispuesta á oírla, pero que lo hiciera con serenidad, sin echar palabras hijas de la exaltación que anula toda lógica.

Pero era tan intensa la crisis nerviosa de Gilberta que Luisa, como atemorizada, soportaba sus injurias hecho trizas su pobre corazón.

Gilberta, acusando de pleno á su hermana, exclamaba:

—He querido salvarme á mi misma buscando en mi hogar el calor de los míos... ¡Vano empeño! ¡Tú me has alejado de mi hijo, te has captado en mi contra la voluntad de mi esposo!

Agobiada por el peso de la culpa que su hermana sin compasión le imputaba, Luisa exclamó:

—¡Me marcharé, Gilberta, me marcharé!

—¡Confiesa, entonces, que tú amaste á Enrique!

—¡Pues bien, sí, le he amado! Pero renuncié á la esperanza de aquella pasión creyendo labrar tu felicidad. Por otra parte, fuiste tú quien me obligó á venir aquí.

—Y ha bastado un momento para que me arrebatasés la felicidad que tú te vanagloriabas haberme proporcionado.

—Yo me iré, Gilberta, yo me iré!

—Esposo, hijo, todo me lo has quitado!
¡Está bien! ¡Quédatelo todo para tñ!

Gilberta estaba como loca; por eso huyó, sin atender las súplicas de Luisa que había aceptado con sublime resignación las humillaciones de su hermana, internándose en la noche en carrera sin freno, cual un alma apenada en busca de sosiego.



—¡Confiesa, entonces, que tú amaste á Enrique!

Y en la noche se esparcieron dos lamentos de corazón desgarrado:

—¡Gilberta! ¡Gilberta!

Era Luisa, quien, sin consuelo, llamaba á la fugitiva.

Ajeno al suceso, Enrique escribía al señor

Brigard que su hija Luisa, por su irrevocable decisión, no consentía en separarse de ellos...

*
**

Luisa corrió á ocultar su dolor en *Charmettes*, donde los días transcurrían sin traer nuevas de Gilberta.

Al fin, una tarde, su padre supo dónde estaba la fugitiva y enteró de ello á Luisa:

—Gilberta está en Venecia.

—¿Sola?—le preguntó, ansiosa, Luisa.

—¡Qué importal... Debemos ir á buscarla—replicó el atribulado padre.

Allá abajo, en la pintoresca ciudad que duerme sobre la poética serenidad de sus lagos, esa maravillosa ciudad que se llama Venecia, Gilberta y Pablo vivían su nueva vida...

La baronesa de Cambri sabía su paradero, y por ese motivo Gilberta recibió, al cabo de algún tiempo, el telegrama que sigue:

Mañana, de paso por Venecia, tendremos el placer de saludarla.

Gilberta no podía sustraerse á dirigir su pensamiento hacia su hogar de Francia, y se complacía en hacer repetir á su antigua doncella—que se había reunido con ella—, lo que el hijito de sus entrañas había dicho al notar su ausencia.

La doncella, compadecida—pues era ya vieja para comprender—, contestaba:

—¿Dónde está mamá?—me preguntaba poniendo en sus palabras tiernos acentos de emoción.

Y Gilberta lloraba...

Y en un atardecer arrebolado por bellos tintes crepusculares llegó á Venecia un viajero, al cual no se esperaba en la ciudad.

Esa noche, Gilberta, consultando el periódico, leyó que tenía lugar en la Opera la solemne representación de *Thaïs*, y, para distraerse, que mucho lo necesitaba, pidió á Pablo que la acompañase.

Pablo aceptó, objetando únicamente que tal vez no llegarían á tiempo.

Entonces, Gilberta, renunció á ir á la Opera, prefiriendo, ávida de mitigar su dolor moral, buscar, en las protestas de amor de Pablo, el lenitivo á su mal; y le preguntaba, temblorosa:

—Tú me amas de verdad, ¿no es cierto?

Pablo, que sí la amaba, la acarició, escudando los temores de Froufrou con su cariño.

Pero el velo del misterio flotaba sobre sus cabezas...

*
*
*

Por la mañana del siguiente día, el barón de Cambri visitó á Pablo, á quien notificó:

—Todo está preparado para el encuentro, que tendrá lugar dentro de una hora.

La cortina del misterio se corría para que apareciera la escena de la tragedia. ¡Todo se había tramado en el silencio! ¡El viajero inesperado era Enrique! La llegada á Venecia de la Baronesa con su esposo tenía su motivo. ¡Era el duelo!

La Baronesa se encargó de distraer á Gilberta para que no sospechara lo más mínimo.

En su opinión, si Gilberta amaba á Pablo y éste la correspondía, nadie podía quejarse ni oponerse á la legítima expresión de ese amor. Tal teoría estaba muy en consonancia con el carácter de la aristócrata, *cuyo marido era, en el concierto matrimonial, un instrumento de escasa importancia.*

De súbito, la doncella anunció, con indescriptible pavor, á Enrique.

Ocultóse la Baronesa detrás de un cortinaje.

Gilberta temblaba, como una hoja en el árbol próxima á desprenderse.

Enrique, con suma corrección, presentóse á su esposa culpable.

—He aquí tu dote... — la dijo, entregándole un fajo de billetes de Banco—. ¡No quiero que mi hijo aproveche un céntimo de esta fortuna que mañana encontraría humillante!

Gilberta pasaba por la más acerba de las torturas.

—Como no he creído conveniente confiar á otra persona el encargo de expresarte mi voluntad—prosiguió Enrique—, decidí venir yo mismo.

—¿Vais á batiros?—le preguntó Gilberta, abriendo desmesuradamente los ojos.

Enrique asintió sin inmutarse.

—¡Los dos en peligro por Froufrou!... ¡Yo no quiero, no merezco ese triste galardón!—exclamó Gilberta, asiéndose á las manos de su esposo como para impedirle que fuese á batiirse.

Enrique rechazó á Gilberta, contestándole:

—Tú me has traicionado porque amabas á

otro, y yo voy á ver si puedo matarle. He aquí todo.

—¡No vayas, Enrique... Yo te amaré!
Sus súplicas perdiéronse en el vacío: ¡Enrique la despreció!

Iba á darle algo á Gilberta cuando la Baronesa, que salió de su escondite, le prestó apo-



—Tú me has traicionado porque amabas á otro, y yo voy á ver si puedo matarle...

yo, y apiadada de su inmenso sufrimiento la dijo:

—Sé el sitio donde tendrá lugar el encuentro... ¡Venga usted!

*
*
*

Había ocurrido lo que era fatal que sucediera: uno de los dos hombres rivales por una

mujer casquivana, cayó vencido por el otro. Y cayó noblemente, sintiéndose culpable, habiendo disparado en el aire para no dar lugar á que la casualidad irónica diese la razón al que merecía ser condenado. Y ese, el herido, fué Pablo de Valreas.

Al día siguiente de la desgracia, mientras Enrique regresaba á París, el padre de Gilberta llegaba con Luisa á la casa en que aquélla habitaba.

Padre y hermana, ¡quién lo duda!, perdonaron á la arrepentida trívola muchacha, enferma de un mal devorador. Un padre puede ser severo, de intangibles principios en la vida corriente, mas su fuerza se dobléga ante el infortunio de una hija en cuyas culpas siempre hay algo suyo, y desaparece el rigor para dejar paso á la clemencia. ¡Qué decir, pues, de una hermana! ¡Y eso que Gilberta había considerado á Luisa como rival suya! ¡Que hermosa escena desarrollóse cuando las dos se echaron, llorando amargamente, en sus respectivos brazos!

Desde el drama, Gilberta vivió con su padre y hermana, luchando contra la fatal dolencia que minaba su existencia. ¡El despertar de su conciencia había sido demasiado brusco para su frágil cuerpo de muñeca de seda!

Y cierto día, pasado algún tiempo, cuando la tarde declinaba, obedeciendo á un vehemente deseo de su hermana, Luisa se presentó ante Enrique, en casa de éste, y le enteró, muy afligida, de la triste situación de Gilberta.

—Está muy enferma y quiere ver de nuevo á su hijito—le dijo con acento enternecedor.

Enrique se resistía á ceder á complacer á la ingrata, y nerviosamente movía la cabeza en sentido negativo.

No abandonó empero su empresa Luisa, y prosiguió más rogativa aún:

—Ansía volver á verle— antes de morir.

Enrique no se entregaba y hacía inauditos esfuerzos para ocultar su emoción.

De súbito, en medio de la gigantesca lucha en que se debatía el corazón de aquel buen esposo y excelente padre para vencer su amor propio que le ordenaba ser inflexible, apareció Gilberta, enlutada, tambaleándose, seguida de su padre.

La transformación deplorable de su esposa causó una infinita tristeza á Enrique, que acudió á auxiliarla cuando ella, agotadas sus energías, cayó, de hinojos, á pocos pasos de él.

—¡No sufras más, pobre mujer!— exclamó, levantándola, y abrazándola, llorando.

Gilberta se moría... Su corazón la había engañado cuando la hizo suponer que resistiría aquella decisiva entrevista del perdón ó de la separación definitiva.

Luisa tomó al niño en sus brazos, y se lo presentó á su madre.

Reinaba un silencio conmovedor en la estancia donde Gilberta, en presencia de los suyos, vivía sus últimos instantes.

Y, presintiendo su fin, antes de morir quiso hacerse perdonar por aquellos á quienes había, en su lamentable inconsciencia, ofendido.

Así, pues, juntando las manos de Enrique y Luisa, Gilberta dijo á su hermana, sonriéndola:

—Yo te lo doy. ¡Tenéis derecho al amor y á la felicidad!

Nadie la interrumpió; nadie hubiese podido hablar sin correr el riesgo de no poder contener el llanto que se agolpaba en sus gargantas.

Y lentamente, mansamente, como si soñara con las delicias de un tranquilo vivir, que no supo comprender á tiempo, Gilberta cerró los ojos, ávida de no despertar jamás del encanto de la ilusión... y como la ilusión es vida, Froufrou, muriéndose, vivía...

FIN

Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia

Este número ha sido sometido á la previa censura militar

Talleres gráficos E. Verdaguer Morera
Topete, 16 — Tarrasa

De interés para

nuestros lectores es el que sepan que ya pueden adquirir las elegantes tapas que hemos confeccionado, para encuadernar en tomos, las novelas publicadas hasta fin de año, como sigue:

- Tomo I — del 1 al 22
- » II — del 23 al 43
- » III — del 44 al 64

al precio de Ptas. 1'25 cada tapa.

Para facilitar la encuadernación de los tomos, hemos concertado un arreglo con un especialista, y la Sociedad General Española de Librería, Barbará, 16, Barcelona, recibirá las colecciones completas que se deseen encuadernar (hasta el n.º 64, ó sean tres tomos de las novelas publicadas hasta fin del año 1923), y en este caso el precio de las tapas y la encuadernación impecable sería de Pesetas 1'75.

Tenemos además lujosamente encuadernadas las 43 primeras novelas en los tomos I y II al precio de Pesetas 7'50 el tomo con un sobre conteniendo las postales.

PEDIDOS Y ENCARGOS: En los quioscos y puestos de venta de costumbre y en la Sociedad General Española de Librería, Barbará, 16, Barcelona.
